# todo lo que sé sobre fiestas, citas, amigos, trabajo, vida, el amor




dolly alderton

booket

**Dolly Alderton**

# todo lo que sé sobre ~~fiestas~~, ~~citas~~, ~~amigos~~, ~~trabajo~~, ~~vida~~, el amor

Traducción de Anna Valor Blanquer

booket

# TODO LO QUE SABÍA SOBRE EL AMOR CUANDO ERA ADOLESCENTE

El amor romántico es lo más importante y emocionante del mundo entero.

Si no lo tienes cuando eres adulta, es que eres una fracasada, como una de esas profesoras de dibujo que insisten en que las llamen «señoritas» en lugar de «señoras» y llevan el pelo encrespado y joyas étnicas.

Es importante acostarse muchas veces con mucha gente, pero seguramente no con más de diez personas.

Cuando viva en Londres y sea soltera, seré extremadamente elegante y estaré delgada y llevaré vestidos negros y beberé martinis y solo conoceré a hombres en presentaciones de libros e inauguraciones de exposiciones.

La mayor muestra de amor verdadero es que dos chicos se peguen por ti. La situación ideal es que haya sangre, pero que nadie tenga que ir a urgencias. Un día me pasará algo así, si tengo suerte.

Es importante perder la virginidad después de cumplir los diecisiete, pero antes de los dieciocho. Literalmente, si es el día antes de cumplirlos, todo bien, pero si entras en el decimoctavo año siendo virgen todavía, nunca te acostarás con nadie.

Puedes enrollarte con tanta gente como quieras y no pasa nada, no significa nada, solo es para practicar.

Los chicos más guais siempre son altos y judíos y tienen coche.

Los chicos mayores son los mejores porque son más sofisticados y han visto más mundo y, además, no tienen el listón tan alto.

Cuando tus amigas tienen novio, se vuelven aburridas. Tener una amiga con novio solo es divertido si tú también tienes novio.

Si no les preguntas nada de nada sobre sus novios a tus amigas, al final pillarán que te aburre el tema y dejarán de hablar de ellos.

Es buena idea casarse un poco tarde, después de haber vivido un poco; por ejemplo, a los veintisiete.

A Farly y a mí nunca nos gustará el mismo chico porque a ella le gustan bajitos y descarados como Nigel Harman, de *EastEnders*, y a mí me gustan chulos y misteriosos como Charlie Simpson, de Busted. Por eso nuestra amistad será para siempre.

Nunca viviré un momento tan romántico como cuando yo y Lauren estábamos en un bolo el día de San Valentín en ese *pub* tan raro de Saint Albans y canté *Lover, You Should've Come Over* y Joe Sawyer estaba sentado en primera fila con los ojos cerrados porque antes habíamos hablado de Jeff Buckley y, básicamente, él es el único chico que conozco que me entiende del todo y entiende por qué soy como soy.

Nunca pasaré tanta vergüenza como cuando intenté besar a Sam Leeman y él se apartó y yo caí al suelo.

Nunca tendré el corazón tan roto como cuando Will Young salió del armario y yo tuve que fingir que no me

importaba, pero lloré mientras quemaba la libreta con tapas de piel que me regalaron para la confirmación en la que había escrito sobre nuestra futura vida juntos.

A los chicos les gusta mucho que les digas cosas desagradables y creen que es infantil y cutre que seas demasiado amable con ellos.

Cuando por fin tenga novio, casi nada más tendrá importancia.

# CHICOS

Para algunas personas, el sonido que definió su adolescencia fueron los gritos de sus hermanos jugando en el jardín. Para otras, fue el traqueteo de la cadena de su queridísima bici cuando iban dando tumbos por colinas y valles. Algunas recordarán el canto de los pájaros de camino al colegio o las risas y las patadas a los balones del patio. Para mí, fue el sonido del módem conectándose a internet.

Todavía me acuerdo de cada una de las notas. Los pitiditos telefónicos iniciales, los chirridos finos y entrecortados que indicaban que estabas a media conexión, la nota aguda que te decía que la cosa progresaba seguida de dos timbres graves y ásperos, un poco de ruido blanco… Y, entonces, el silencio indicaba que habías pasado lo peor. «Conectado a internet», decía en la pantalla. Y a continuación: «Tiene mensajes de correo electrónico». Yo bailaba por la habitación con los sonidos del módem para que la angustiosa espera pasara más deprisa. Elaboré una coreografía con las cosas que aprendía en *ballet*: un *plié* en los pitidos, un *pas de chat* en los timbres graves. Lo hacía cada tarde después de clase. Esa era la banda

sonora de mi vida, porque me pasé la adolescencia en internet.

Una breve explicación: crecí en una de las urbanizaciones de las afueras. Eso es todo, esa es la explicación. Cuando yo tenía ocho años, mis padres tomaron la cruel decisión de mudarnos de un piso en un sótano de Islington a una casa más grande en Stanmore, en la última parada de la línea Jubilee, en la periferia más lejana del norte de Londres. Era como el margen que dejas en blanco al escribir en un folio. Si hubiera sido una persona, sería de las que miran de lejos cómo se divierten las demás en lugar de ser el alma de la fiesta.

Cuando creces en Stanmore, no eres ni de campo ni de ciudad. Estaba demasiado lejos de Londres como para ser de los guais que salían a bailar a la Ministry of Sound, tenían acento londinense y llevaban ropa *vintage* que habían comprado en tiendas de segunda mano sorprendentemente buenas en Peckham Rye. Sin embargo, también estaba demasiado lejos de Chilterns para ser uno de esos adolescentes asilvestrados de mejillas rojas que llevaban jerséis viejos de lana gruesa y aprendían a conducir los Citroën de sus padres a los trece años y hacían excursiones y tomaban LSD en un bosque con sus primos. Las afueras del norte de Londres eran un vacío identitario. Eran tan sosas como el beis de las moquetas que cubrían el suelo de todas sus casas. No había arte, ni cultura, ni edificios históricos, ni parques, ni pequeños comercios, ni restaurantes. Había clubes de golf, restaurantes de la cadena Prezzo, colegios privados, entradas a las casas para coches, rotondas, centros comerciales de una planta al aire libre y centros comerciales de varias plantas con el techo de cristal. Las mujeres parecían

todas iguales, las casas estaban construidas iguales, todos los coches eran iguales. La única forma de expresión era gastar dinero en bienes homogeneizados: terrazas, ampliaciones de cocina, coches con GPS integrado, vacaciones con todo incluido a Mallorca… Si no querías jugar al golf, ponerte reflejos en el pelo o pasear por un concesionario Volkswagen, no había absolutamente nada que hacer.

Esto era especialmente cierto si eras un adolescente que dependía de que su madre lo llevara por ahí en su ya mencionado Volkswagen Golf GTI. Por suerte, yo tenía a mi mejor amiga, Farly, a un paseo en bici de cinco kilómetros y medio de la calle sin salida en la que yo vivía.

Farly era, y sigue siendo, diferente de cualquier persona de mi vida. Nos conocimos en el colegio cuando teníamos once años. Ella era, y sigue siendo, mi polo opuesto. Ella es morena, yo soy pálida. Ella es algo baja, yo soy algo alta. Ella lo planifica todo, yo lo dejo todo para el último momento. A ella le encanta el orden, yo tiendo al desorden. Ella adora las normas, yo las odio. Ella no tiene ego, yo creo que la tostada de mi desayuno es lo suficientemente importante como para difundirla por las redes sociales (por tres diferentes). Ella vive el presente y se concentra en las tareas que está haciendo, yo siempre estoy con un pie en la realidad y otro en una versión fantástica de esta que tengo en la mente. No obstante, de alguna manera, cuadramos. No he tenido una suerte mayor en la vida que que Farly se sentara a mi lado en clase de Mates ese día de 1999.

La rutina diaria con Farly era siempre exactamente la misma: nos sentábamos delante de la tele comiendo montones de *bagels* y patatas fritas (aunque solo cuando nuestros padres habían salido, porque otra característica de las

clases medias de las afueras es que son muy quisquillosos con sus sofás y siempre está estrictamente prohibido comer en la sala de estar) y veíamos series estadounidenses de adolescentes en Nickelodeon. Cuando se nos acababan los capítulos de *Cosas de hermanas* y *Cosas de gemelas* y *Sabrina, cosas de brujas*, pasábamos a los canales de música y mirábamos boquiabiertas la pantalla de la tele pasando de la MTV a la MTV Base y a la VH1 cada diez segundos buscando un videoclip de Usher en concreto. Cuando nos aburríamos de eso, volvíamos a Nickelodeon+1 y veíamos otra vez todos los capítulos de las series estadounidenses de adolescentes que habíamos visto una hora antes.

Morrissey describió una vez su vida adolescente como «esperar un bus que nunca llegaba»; ese sentimiento no hace más que exagerarse cuando creces en un sitio que parece una sala de espera beis. Yo me aburría y estaba triste y esperaba con ansia que aquellas horas de mi infancia pasaran. Y, entonces, como un gentil caballero de armadura resplandeciente, llegó internet a través del módem al enorme ordenador de sobremesa de mi familia. Y, luego, llegó el MSN Messenger.

Cuando me descargué el MSN Messenger y empecé a agregar las direcciones de correo electrónico —de amigas del colegio, amigas de amigas, amigas de colegios que había cerca a las que no conocía—, fue como golpear la pared de una celda y oír a alguien devolver los golpes. Fue como encontrar brotes de hierba en Marte. Fue como girar la ruedecita de una radio y oír, por fin, que los crujidos se convierten en una voz humana. Fue una fuga de la indo-

lencia de las afueras y una llegada de abundancia de vida humana.

El Messenger era más que una forma de estar en contacto con mis amigas cuando era adolescente, era un lugar. Así es como lo recuerdo, como una habitación en la que estaba sentada durante horas y horas cada tarde y cada fin de semana hasta que los ojos se me ponían rojos de mirar la pantalla. Hasta cuando nos alejábamos de nuestra urbanización y mis padres, generosamente, nos llevaban a mi hermano y a mí de vacaciones a Francia, esa era la habitación que ocupaba cada día. Lo primero que hacía cuando llegábamos a un hotel era preguntar si tenían ordenador con internet —normalmente era uno viejo de sobremesa en un sótano oscuro—, conectarme al Messenger y sentarme a chatear durante horas descaradamente mientras un adolescente francés malhumorado esperaba sentado en un sillón detrás de mí a que le tocara el turno. Fuera, el sol provenzal caía y el resto de la familia estaba tumbada leyendo al lado de la piscina, pero mis padres sabían que conmigo no se podía hablar cuando se trataba del Messenger. Era el núcleo de todas mis amistades. Era mi espacio privado. Era lo único que poseía. Como digo, era un lugar.

Mi primera dirección de correo fue munchkin_1_4@hotmail.com y la creé en el aula de informática del colegio a los doce años. Elegí el número 14 porque supuse que solo mandaría correos un par de años más y luego sería algo infantil; me di tiempo para disfrutar esa nueva moda y sus varias excentricidades hasta que la dirección caducara en mi decimocuarto cumpleaños. No empecé a usar el Messenger hasta los catorce y, en ese periodo de tiempo, también usé willyoungisyum@hotmail.com para expresar mi nueva

pasión por el ganador de *Pop Idol* de 2002, Willy Young, y thespian_me@hotmail.com tras mi apoteósica actuación como Mister Snow en la representación de *Carousel* de mi colegio.

Volví a munchkin_1_4 cuando me bajé el MSN Messenger y pude disfrutar de la llenísima agenda de contactos de amigas del colegio que había acumulado desde que había creado la cuenta de correo. Sin embargo, algo crucial fue la aparición de los chicos. Yo no conocía a ningún chico hasta ese momento. Aparte de con mi hermano, mi primo pequeño, mi padre y un par de amigos de críquet de mi padre, no había pasado tiempo realmente con ningún chico en toda mi vida. Pero el MSN me trajo las direcciones y las fotos de perfil de esos nuevos chicos fantasma que me habían proporcionado generosamente varias de las chicas del colegio —las que quedaban con chicos los fines de semana y luego magnánimamente pasaban sus direcciones de correo al cuerpo estudiantil—. Esos chicos se recorrían todo el MSN; todas las chicas de mi colegio los añadíamos a nuestros contactos y, luego, teníamos nuestros quince minutos de fama hablando con ellos.

Los chicos solían salir de una de tres categorías. La primera era la de los ahijados de las madres o los amigos lejanos de la familia con quienes se habían criado las chicas. Normalmente, eran un año o dos mayores que nosotras, eran muy altos y desgarbados y tenían la voz grave. En esta categoría también entraban los vecinos. La siguiente categoría era la de los primos hermanos y primos segundos de alguien. Finalmente, y con el toque más exótico, estaba el chico que alguien había conocido cuando se había ido de vacaciones con su familia. Este era realmente el santo

grial, porque podía ser de cualquier lugar, de tan lejos como Bromley o Maidenhead, y, no obstante, allí estabas tú, hablando con él por MSN Messenger como si estuvierais en la misma habitación. Qué locura, qué aventura.

Rápidamente, creé una carpeta con todos estos contactos sueltos de mi lista y le puse un nombre diferente: *Chicos*. Me pasaba semanas hablando con ellos sobre qué optativas escoger en secundaria, sobre nuestros grupos preferidos, sobre cuánto habíamos fumado y bebido y lo *lejos* que habíamos *llegado* con el sexo opuesto (siempre una obra de ficción tremendamente elaborada). Por supuesto, no teníamos prácticamente ni idea de cómo eran los demás físicamente. Esto era antes de tener teléfonos con cámara o perfiles de redes sociales, así que, por lo único por lo que te podías guiar era por su diminuta foto de perfil del MSN y la descripción que hacían de sí mismos. A veces, yo me lo curraba y usaba el escáner de mi madre para subir una foto mía en la que salía bien en una comida familiar o de vacaciones y de la que había borrado a mi tía o a mi abuelo con la función de cortar del Paint, pero, normalmente, me parecía demasiado trabajo.

La llegada de los chicos virtuales al mundo de nuestras amigas del colegio trajo consigo un montón de nuevos conflictos y dramas. Había una rueda de rumores que no dejaba de girar sobre quién hablaba con quién. Las chicas declaraban su amor a chicos que no habían visto nunca poniendo el nombre del chico en su *nick* con estrellas y corazones y *barrabajas* a los dos lados. Algunas chicas pensaban que tenían exclusividad en las conversaciones electrónicas con un chico, pero las apariciones de esos *nicks* decían otra cosa. A veces, las chicas de los colegios

de alrededor a las que no conocías de nada te agregaban para preguntarte directamente si estabas hablando con el mismo chico que ellas. En ocasiones —y esto siempre se contaba después, en la sala común, como un cuento con moraleja—, revelabas accidentalmente una relación de MSN con un chico escribiéndole un mensaje en la ventana equivocada y mandándoselo a una amiga. La tragedia que venía a continuación alcanzaba niveles shakespearianos.

El MSN tenía unas normas de protocolo complicadas. Si tanto tú como un chico que te gustaba estabais conectados, pero él no te hablaba, una forma infalible de llamar su atención era desconectarte y volverte a conectar, porque recibiría la notificación de que habías entrado, y eso le recordaría tu presencia, lo que, con algo de suerte, resultaría en una conversación. También estaba el truco de esconder tu estado de conexión si querías evitar hablar con todo el mundo excepto con un contacto en concreto, de modo que podías hacerlo furtivamente. Era un complejo baile de cortejo eduardiano y yo estaba deseosa de participar en él.

Estas largas correspondencias pocas veces acababan en una quedada en la vida real y, cuando lo hacían, solían ser casi siempre devastadoramente decepcionantes. Por ejemplo, estaba Max, de apellido compuesto, un conocido casanova del MSN famoso por mandarles relojes Casio Baby G a las chicas por correo. Farly accedió a quedar con él delante de una papelería en Bushey un sábado por la tarde después de haberse pasado meses chateando con él. Farly llegó allí, lo vio, se asustó y se escondió detrás de un contenedor. Lo observó que la llamaba al móvil una y otra vez desde una cabina, pero no fue capaz de reunir el ánimo suficiente para

conocerlo en persona, así que se largó y volvió a casa. Siguieron hablando durante horas cada noche por MSN.

Yo quedé dos veces con chicos del Messenger. La primera fue una cita a ciegas desastrosa en un centro comercial que duró menos de quince minutos. La segunda fue con un chico de un internado que había cerca, con quien hablé durante casi un año antes de quedar por primera vez delante de un Pizza Express en Stanmore. Durante el año siguiente, tuvimos una especie de relación intermitente, un *que sí, que no* que sobre todo fue *que no*, porque él siempre estaba encerrado en el internado. Yo, a veces, iba a visitarlo y me ponía pintalabios y llevaba el bolso lleno de cigarros que había comprado para él, como Bob Hope, el cómico, cuando iba a divertir a los soldados durante la Segunda Guerra Mundial. Él no tenía conexión a internet en su cuarto, por lo que el MSN no era una opción, pero lo arreglamos con cartas semanales y largas llamadas que hacían desesperar a mi padre cuando se encontraba con facturas telefónicas de tres cifras.

A los quince, empecé un romance más acaparador que cualquiera de los que habían tenido lugar en las ventanas del MSN Messenger cuando me hice amiga de una chica con el pelo alborotado, pecas y unos ojos de color avellana siempre bordeados con lápiz de ojos. Se llamaba Lauren. Nos habíamos visto desde que éramos pequeñas en algunas fiestas de cumpleaños en la bolera Hollywood Bowl, pero, finalmente, nos presentó nuestra amiga Jess en una cena en una de las numerosas cadenas de restaurantes italianos de Stanmore. La conexión fue como todo lo que había visto

siempre en las películas románticas de la ITV2. Hablamos hasta que se nos secó la boca, acabamos las frases de la otra, nos reímos como locas… Jess se fue a casa y nosotras nos sentamos en un banco pasando frío cuando nos echaron del restaurante para poder seguir hablando.

Ella era una guitarrista que buscaba cantante para crear un grupo, yo había cantado una noche en un micro abierto poco concurrido en Hoxton y necesitaba guitarrista. Empezamos a ensayar versiones de *bossa nova* de canciones de los Dead Kennedys al día siguiente en la caseta del jardín de su madre. La primera idea para el nombre del grupo era Raging Pankhurst («Pankhurst furiosa», en honor a la sufragista). Más tarde lo cambiamos a algo que tenía aún menos sentido: Sophie Can't Fly («Sophie no puede volar»). Nuestro primer concierto fue en un restaurante turco en Pinner, con solo un cliente en el abarrotado establecimiento que no fuera un familiar nuestro o una amiga del colegio. Seguimos con la gira por grandes locales: tocamos en el vestíbulo de un teatro en Rockmansworth, en el cobertizo ruinoso de la terraza de un *pub* de Mill Hill y en un campo de críquet a la salida de Cheltenham. Nos poníamos a tocar en cualquier calle en la que no hubiera un policía. Tocábamos en el banquete de cualquier *bar mitzvá* en el que nos quisieran.

Además, también compartíamos la afición por el método innovador de convertir las conversaciones del MSN en un contenido multiplataforma. Cuando empezábamos a hacernos amigas, descubrimos que, desde que teníamos Messenger, las dos habíamos estado copiando las conversaciones con chicos y pegándolas en un documento de Microsoft Word, imprimiéndolas y guardándolas en un archivador de anillas para leerlas antes de dormir como una novela eró-

tica. Nos considerábamos una especie de círculo de Bloomsbury de dos personas centrado en las conversaciones pícaras del MSN Messenger.

Pero justo cuando me estaba haciendo amiga de Lauren, me fui de las afueras a vivir a ciento veinte kilómetros al norte de Stanmore, a un internado mixto. El MSN ya no me valía para saciar la curiosidad por el sexo opuesto, necesitaba saber cómo era en la vida real. El olor cada vez más débil de Ralph Lauren Polo Blue en una carta ya no me satisfacía, como tampoco lo hacían los timbres que indicaban que tenía mensajes nuevos del MSN. Fui al internado para intentar acostumbrarme a los chicos.

(Aparte: y doy gracias a Dios. Farly se quedó a hacer el bachillerato en nuestro colegio femenino y, cuando llegó a la universidad sin haberse relacionado en absoluto con chicos, era como un elefante en una cacharrería. La primera noche de la semana de presentación había una *fiesta semáforo*, en la que se recomendaba a las personas solteras que llevaran algo verde, y a las personas que tenían una relación, algo rojo. La mayoría de nosotros entendimos que tenía que ser una camiseta verde, pero Farly llegó al bar de nuestra residencia con medias verdes, zapatos verdes, un vestido verde y un lazo verde gigante en el pelo, además del pelo rociado de laca verde. Era como si llevara «Fui a un colegio de chicas» tatuado en la frente. Estaré eternamente agradecida de haber tenido dos años para ir en andador en lo referente a hablar con chicos en el internado, si no, me temo que yo también hubiera sido víctima de la laca verde en la semana de presentación de la universidad.)

Resultó que descubrí que no tenía nada en común con la mayoría de los chicos y no me interesaban a no ser que

quisiera besarlos. Y ninguno de los chicos a los que yo quería besar quería besarme a mí, por lo que hubiera podido quedarme en Stanmore y haber seguido disfrutando de las relaciones fantásticas que tenían lugar en las fecundas tierras de mi imaginación.

Culpo a dos cosas de mis altas expectativas respecto al amor: la primera es que soy hija de unos padres que están locamente enamorados el uno del otro, casi hasta el punto de ser vergonzoso; la segunda son las películas que vi durante mis años formativos. Cuando era niña, tenía una obsesión bastante inusual por los viejos musicales y, como crecí absolutamente enganchada a las películas de Gene Kelly y Rock Hudson, siempre había esperado que los chicos se comportaran con una elegancia y un encanto similares. Sin embargo, el internado mixto mató esas esperanzas muy deprisa. Por ejemplo, en mi primera clase de Política, yo era una de las dos únicas chicas de una clase de doce y nunca había estado en una habitación con tantos chicos en mi vida. El chico más guapo, del que ya me habían dicho que era un rompecorazones (su hermano mayor, que había acabado de estudiar allí el año anterior, tenía el apodo de *Zeus*), me pasó una notita mientras nuestro profesor explicaba qué era la representación proporcional. La nota estaba doblada y tenía un corazón dibujado en la parte de delante, lo que me llevó a pensar que era una carta de amor. La abrí con una sonrisa coqueta. Sin embargo, cuando la desdoblé, vi que tenía el dibujo de una criatura y una útil anotación que me informaba que era un orco de *El señor de los anillos*, con «Esta eres tú» escrito debajo.

Farly venía a visitarme los fines de semana y se comía con los ojos a los cientos de chicos diferentes que andaban

por la calle y llevaban bolsas de deporte y *sticks* de *hockey* al hombro. Le parecía que tenía una suerte increíble de poder sentarme en los bancos de la iglesia cada mañana tan cerca de ellos, pero a mí me parecía que los chicos de verdad eran bastante decepcionantes. No eran tan divertidos como las chicas que había conocido allí, ni tan interesantes ni buenos. Y, por algún motivo, nunca podía llegar a relajarme cuando estaban cerca.

Cuando salí del colegio, había dejado de usar MSN Messenger tan religiosamente como antes. Llegó el primer trimestre en la Universidad de Exeter y, con él, llegó Facebook. Facebook era un cofre del tesoro de chicos en internet y, esta vez, era aún mejor, porque teníamos toda su información vital recopilada en una página. Yo solía navegar por las fotos de mis amigas de la universidad y le pedía amistad a cualquiera que me gustara físicamente. Eso derivaba rápidamente en mensajes y encuentros en una de las muchas noches temáticas del vodka con Red Bull o fiestas de la espuma que tenían lugar esa semana. Yo estaba en el campus de una ciudad catedralicia de Devon, por lo que encontrarnos no resultaba difícil. Si el MSN había sido un lienzo en blanco en el que había podido dibujar vívidas fantasías, los mensajes de Facebook eran una herramienta puramente funcional para quedar. Era la forma que tenían los estudiantes de identificar su próxima conquista y de tener algo que hacer la noche del jueves.

Cuando salí de la universidad y volví a Londres, había abandonado por completo el hábito de ir abordando en Facebook a mis posibles intereses románticos como si fuera

una representante de Avon, pero estaba formando un nuevo patrón de comportamiento. Conocía a un hombre a través de una amiga o en una fiesta o en una discoteca, conseguía su nombre y su teléfono y forjaba una relación epistolar con él por mensajes o por correo electrónico durante semanas antes de acceder a volver a verlo. Puede que esta fuera la única manera que había aprendido de conocer a alguien, con distancia entre nosotros, con el espacio suficiente para cuidar y filtrar la mejor versión de mí misma posible: todas las bromas buenas, las mejores frases, las canciones que sabía que lo impresionarían y que normalmente me mandaba Lauren. Para devolverle el favor, yo le mandaba canciones para que se las enviara al chico con el que hablaba. Una vez me dijo que nos pasábamos buena música nueva la una a la otra a un precio de venta al por mayor y luego se la mandábamos a nuestros intereses románticos como si fuera nuestra, con un margen de beneficio emocional.

Esta forma de correspondencia casi siempre terminaba en decepción. Poco a poco, me empecé a dar cuenta de que es mejor que esas primeras citas pasen en la vida real y no por escrito, porque, si no, la disparidad entre quien te imaginas que es la otra persona y quien es en realidad se vuelve más y más grande. Muchas veces, me inventaba una persona y creaba una química entre nosotros como quien escribe un guion y, cuando nos volvíamos a encontrar en la vida real, me decepcionaba terriblemente. Era como si, cuando las cosas no iban como yo me las había imaginado, yo pensara que había una copia del guion que había escrito y me frustraba que su agente, por supuesto, se hubiera olvidado de mandárselo para que lo memorizara.

Cualquier mujer que haya pasado sus años formativos

rodeada solamente de otras chicas dirá lo mismo: nunca te acabas de desprender de la idea de que los chicos son las criaturas más fascinantes, encantadoras, repulsivas y raras de la Tierra, tan peligrosos y mitológicos como un *bigfoot*. A menudo, eso también supone que seas una fantasiosa empedernida toda la vida. Porque ¿cómo no ibas a serlo? Durante años y años no había hecho otra cosa que sentarme sobre un muro con Farly dándole golpes a los ladrillos con las gruesas suelas de goma de las zapatillas y mirar el cielo intentando soñar lo suficiente como para distraernos de las infinitas vistas de cientos de chicas a nuestro alrededor con el mismo uniforme que nosotras. Tu imaginación entrena como un atleta olímpico cuando vas a un colegio solo de chicas. Es increíble cómo te acostumbras al intenso calor de las fantasías cuando te escapas a ellas tan a menudo.

Siempre pensé que mi fascinación y obsesión por el sexo opuesto se enfriarían cuando terminara de estudiar y empezara a vivir, y no sabía que tendría la misma poca idea de cómo estar con él a los veintitantos como cuando me conecté por primera vez al MSN Messenger.

Los chicos eran un problema, uno que me costaría quince años arreglar.